

ea =
8.000

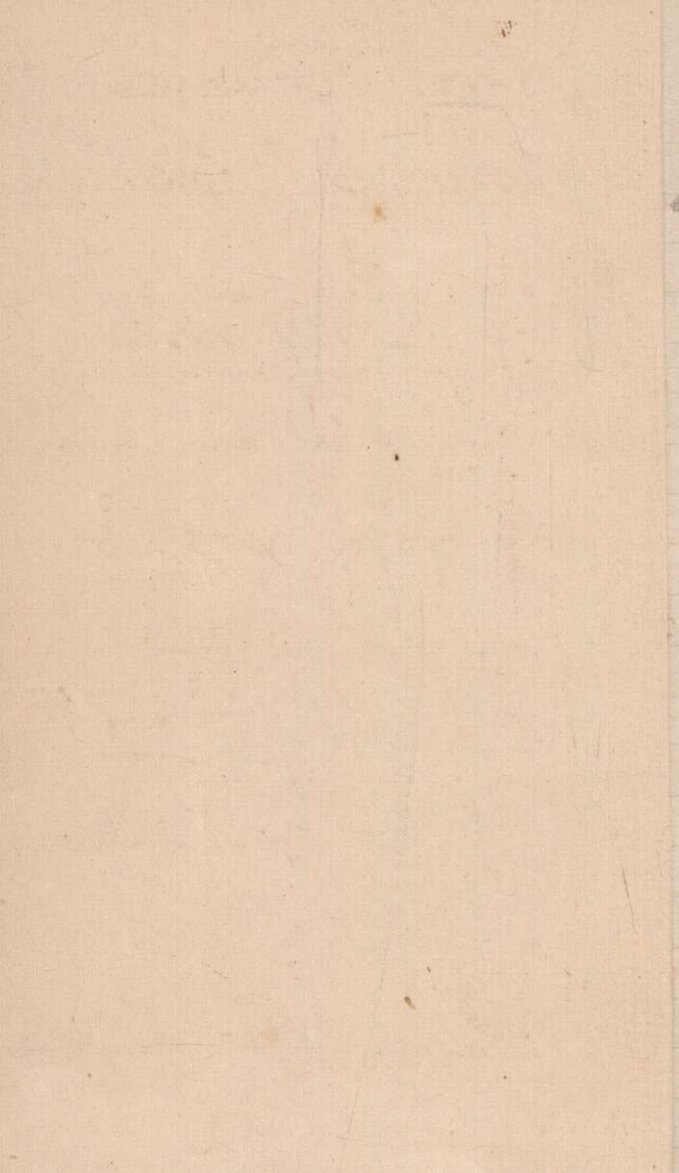
AYUT.^o ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación A. MORENO

2927

~~Handwritten signature~~
Handwritten signature

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación: A. MORENO

2928



Teatro. Volumen VII

Francisco Villaspesa

2529

el Intruso

(Drama en un
acto y en prosa
original de
Coelho Netto)

Arreglo castellano

de

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

Francisco Villaspesa

Alegrete

15 de Febrero 1929.

Personajes.

Solange.

Lucia.

Pere.

Marcela.

Raymundo.

El Doctor.

La acción en París,
en 1918.

Acto II^o.

Sala burguesa. Puertas laterales y al fondo. A la derecha una chaise-longue.

Escena I^a

Luceta. (sola, arrodillada junto al chaise-longue, juega matrisivamente con su muñeca. En voz baja y medrosa.

No hagas ruido que ellos andan allí encima. Si sospechan que estamos aquí, en la bodega, baja y hacen en nosotros lo que hicieron con la vieja Juana. No viste a la pequeña Guedula con las manos atadas? Quieren que ellos te hagan lo mismo? Entonces? Duermes, ¿verdad? (arrodillada a la muñeca. Un momento. Señalando hacia el techo. Voz sorda.) Están oyendo con ellos que derriban los muebles para robar. (En un estremecimiento. Ah... Mira como las bolas estallan, como si fueran a caer sobre nosotros. (Mientras las

manos de la muñeca dulcemente
Hoy, María, llena eres de gracia, el
Señor es contigo. El resto de la
oración se apaga en un balbuceo
Ahora duermes...; ¿quién cita! Con
tremendo, en voz tremula;

- Lavandera, ¿que buscas?
- Agua limpia en que lavar!
Don del río son obscuras;
por falta de sepulturas
los muertos se ven flotar.

Me voy a orillas del mar
tal vez en sus ondas puras
quede mi ropa lavar!

(Bajito) Así. (Continúa mirando
a su muñeca) Mas los ojos se le
van llenando de pavor y yerran
desvanidos por la casa. Leván-
tase, despacito, y, caminando
de puntillas, inspecciona los rin-
cones de la sala y espía a las
puertas. Estrepto en una ven-
tana a la derecha. Vuelve
en un momento y queda un mo-
mento como atollado de terror
de súbito. Mas la obra

languide, lleva la muñeca, la aprieta
al pecho y mira alrededor, entusiasmada
va al fondo, mas retrocede bagueando
esta, como delante de una aparicion
oscura, y, con un grito de pavor escambr
se entre los pliegues de una cortina, en
donde queda tiritando, en respiracion
nes estranguladas. M 293, Mam
mam!..

Escena II

Lucete y Rene. (Rene, entra por
la derecha, despausada y
no viendo a la niña, la llama
a gritos.) Lucete! Lucete! (la
gira por la respiracion casi sulte
rente y, descubriendo a la puerita
la tira hacia si, sacudiendola
para despertarla.) Lucete! Lucete!
te! (con la voz agitada) Lucete! (la
ha sido? Que tienes? (Lucete con
tristeza temblando, mirando vago
mente) Que hasido? Habla.
Lucete (apuntando hacia la
izquierda. Voz sonora) Un tiro.
Rene. Dónde? Un tiro, dónde? (la
mirando a la izquierda) Un tiro, dónde?

no vienen por acá. Los otros están
en París. . . Pare que te espantas? (Lucrecia
levanta la mirada como buscando al-
guna cosa en el techo) Es allí enai-
ma? ¿En nubes es? No ves las
calles llenas de gente y los jar-
dines llenos de criaturas? ¿Enten-
des? ¿Quieres ir al Luxemburgo?
¿Quieres? (Señal negativa de Lucrecia)
Porqué? (El mismo juego)

Escena III

Las mismas Raymundo y Solange
go. (Raymundo y Solange en-
tran precipitadamente por la
izquierda. Solange abraza a
su hija, la cual desea a
llorar, en la cabeza, escondida
en el seno materno.

Raymundo. ¿Mí, qué ha sido?

Solange. ¿Qué fue?

Rene. Asustose sin saber porque
Dice que oyo un tiro allí. Fue
en cetera, la ventana que golpeó
el viento.

Raymundo. Esta criatura no
le ha pasado solo un minuto.

Rene, Buena siempre. Apenas me da
trabajo ocupada en el servicio, pero
y viene a meterse aquí.

Salange, ¿de que tiene 2932?
¿primero hay nada...

Rene, ¿y ella. Ella se viene ahora
conmigo. (a Lucete) Vámonos,
Lucete. No.

Salange, ¿no puedes ir con René
Lucete. No.

Raymundo, ¿quieres ir al Jardín
Salange, ¿quieres?

Lucete, ¿tu vienes?

Raymundo, Ahora no puedo. Es
toy esperando al médico.

Lucete, ¿quién está enfermo?

Raymundo, tu mamá.

Lucete (cercorandose en Salange
con un mirar desconfiado) Mamá

Salange, Ve. Tus amiguitas te
están allá esperando.

Lucete, ¿y ellos aparecen?

Salange, ¿aquí?

Rene, Ella habla de los zepelinos.
Raymundo, los zepelinos, solo

aparecen de noche. De día
no hay cuidado. No hay peligro.
Lucete. Yo sé tiros a lo lejos.
Salange. Cuando?

Lucete. Esta madrugada.
Raymundo. Cuando?

Rene. Es temprano... tienes cada
mañana... Ahí ~~siempre~~ siempre
que le cortan las manos.

Raymundo. Ellos no vienen
apri. Estate tranquila.

Lucete (con intención) En ter-
mino de días lo mismo.

Raymundo. Ah, en termino
de...!

Lucete. Aun hoy mismo hoy
después ellos están cargados
de apri.

Salange. ¿Quieres todo?

Lucete. Un vaso.

Rene. Es el vaso que para los
días, en el jardín dando migas
de pan a los pelones, y a
los gorriones.

Raymundo. Y tú, con certeza, ve-
rás la misma junta a él. No es

...en el vivo que ella anda ad-
Reve. el otro viejo en la silla con
la niña, no habla con nadie. Es
solo en las palomas y los perra-
nos. La gente se rie de él.

Lucete (en confado) no quiero ir
al jardín. Está frío. Voy a jugar
allá adentro. (Bayi la cubre y
va saliendo por la derecha, segun
da de Reve. Los padres la descom-
pañan con la mirada)

Escena IV.

Raymundo y Salazar

Raymundo (pasando por la sala
visiblemente preocupado) No está
bien... No está bien!... (mueve la
cubierta con gesto negativo) Esta criatura
no debe quedar sola.

Salazar. Yo no puedo andar tras
ella, bien lo sabes. ¿Que hace
Reve?

Raymundo (determinado) No
puedes andar detrás de ella. (Va
mirando frente a frente, después pa-
sando, a la vez mas violento)

Obediencia u comodidad). Tu ten: son
modos de ver las cosas. Unos se
matan, como le joven de ollali-
nas; otros se resignan.
Salange (mirándole fijamente,
con serenidad) Tu crees que
la suicida de ollalinas era muy
honrada fue yo? (Un momento) La
hija de Broquet, el del corvo, en-
venenose por haber sido ultraja-
da por un bulano. En un
modelo de virtudes, no? Tu
la conociste muy bien, porque
la expulsaste de la fábrica. Pu-
dióirse de todo sus pasados y tran-
sformose en una hermosa por-
haber tomado una dosis de
arsénico. (Un momento de pausa)
Cuando yo te dije lo que me
aconteciera porque no me diste
un arma o un veneno? En la
desesperación en que entonces
me encontraba, ¿quien sabe!
Tal vez hubien tenido valor
para matarme. Mas al entra-
rme en la desgracia...

las lagrimas, que me lavaron de
la vilera, mas que la tibia amara
racón de un esposo **2934** amante, hay
piernas. Delante de ti yo era solo
la fragilidad que sufría; no te
sentiste deshonrado, por que el
muerto en vez de envilecer, redi-
me. Por desde el momento en que
comunicare mi embarazo, tu
adris explato. Porque? Que culpa
tenia mi alma? La afrente cor-
poral me existia siempre aun
que no diere a luz. Asi, no es
contra la violacion, contra el ultraje,
con lo que te revuelves; es con-
tra la naturaleza que la publica
la naturaleza indiferente, fatal
que acepta e incluye todos los
generos, sean los que fueren
y donde de donde venga.
Entonces, la honra es una
hipocresia, visto que solo
se considera impuro el acto
que se sublima en la mate-
ridad. El vicio estéril, por
mi se premia con mucho mayor

cos puestos de la virtud. No
comprendo. Raymundo, no comprendo.
Así como no puedo llevar
de la memoria el horror de la
enfermedad que sufrí, tampoco me
siento con fuerzas para poner
en práctica lo que me impones.
Que exiges de mí en tu ven cada
un crimen. Me falta cuerpo
para cometerlo. Me entrego
en tus manos. Des de mi
lo fue primera. Yo no debo
ser llamado a dar mi opi-
nión en este caso. Soy ma-
dure. Adios al hombre que me pro-
fundo, y como no lo conozco,
adios a su valor; mas adiós
a lo que está en mi carne,
en mi sangre, en mi alma.
No puedo Raymundo, no
puedo! Nadie se aporrea
a si mismo. No llamo a
un medico? Pues aquí estoy
Raymundo. Muy bien. Ahora
yo, con mis razones de espina,
de dolor. No existe tu muerte

ni la exijo; no te dice tampoco la
injusticia de purgarte culpable
y en el beso que te di no mere perdón
porque ni tal iniciase, ni tal fin tu
Virtud. Te besé, como besara, de
voluntad, una bandera de la patria
que volaba hecha harapos del
campo de batalla, ella sino me
de por ofendido en mi honor de
esposo. no por eso detesto ni evito
el crimen, y, toda vez que me
aproximo a ti, siento lo que sen-
taria si pasare por un sitio donde
se hubieran cometido un asesinato
o una infamia: el estremecimiento
que provoca la recordación de
un horror.

Salame. Te repugno?

Reymundo. No; no es repugna-
cia; es... no se, no se! (Pausa)
El miserable que te infamó es
este mismo que arrasa a pueblos
y fuego nuestras ciudades, que
destruye nuestros templos, que
devasta nuestros labores, que
traviesa vias, mujeres y niños
en un exilio de nuestra patria.

tu no fueses extranjero como
era escueto común; no fue
tu sexo quien dio la ofensa,
fue la Familia, fue la Patria.
Y la Bélgica, porque fue violada,
perdona al invasor? Le abre sus
labios? Le entrega sus cuerpos y
sus minas? Lo acepta en la co-
munión de sus hijos? No! La
Bélgica se debate en convulsiones
de herido, no, reacciona en fu-
ria y rechaza al enemigo. Y tu?
Tu estás resignado, sin contenta-
miento en la anarquía.

Salange Yo?

Raymundo. Tus, sí. Tú! Eres todo
culpado y connoto, y esperas, en
dicho, el nacimiento de esas
que recibiras en los brazos, como
un bienvenido, si fueran dadas
tus pechos, tu calor, tus besos, tu
bendición, y que sean, en este ca-
so, un hijo como dices, que es un
este carne, nuestro amor, mi hijo,
hijo de nuestra honra. Y el? Ese que
pasa? Quédate entre nosotros

mi nombre, recordaron instante-
mente el atentado hecho contra
la familia y el martirio de
la Patria. Será un enemigo y
una refuerza y tu, a mandarlo
(convenientemente) porque ya
de amor...

Salange ¿?!

Raymundo. Si, tu! Y, amentado
años al que lo generó, al otro.
Hoy de amor por fuerza. (Salan-
ge abre en su libro una zona
de resignación. Con odio); Por
fuerza!

Salange (humildemente) Que
si!

Raymundo. Que el amor
fue la totalidad, mas en
una crisis de placer, en un
ataque de voluptuosidad. Ese
monstruo misterioso; el
poder de tu hijo, de ese hijo...

Salange (con un asomo de protesta)

Raymundo, si me consideras culpable
de, castígame. Si no desiste...

no me tristes. Oh, la piedad
de los hombres destruyeron los templos,
apalabradas, las ciudades, en fuego,
las edificaciones en ruinas, la matanza
de en masa, y no tienen piedad
de un corazón herido. Tu mismo
lo dijiste: fue el nivarr que
paso por mi, como va pasando,
como un flojelo, por tierra, por
res y cielos: fue la guerra... ¿en
tiendes?... la guerra!... ¿entien-
des? (Se le enciende)

Raymundo. La guerra... ¿tu
te abres los brazos al enemigo?
¿le perdonas?

Salanfe. Yo? (Paura entra) Oye.
Si yo pudiese separar mi
parte, cederia la otra a tu
odio. Mas un hijo no se di-
vide. Como arranco de mi carne,
de mi sangre la parte de mi
alma que me pertenece, como
entregante lo que es solo del
otro? Como? Dime tu, como?

Raymundo. Como? (Requiere
Raymundo) Cuando te des la mano

llevando al frente de la línea
un bando de cuervos. ^{primero}
cuando los aliados ²⁹³⁷
la coborde estratagemas, levan
taron un clamor de odio, mas
enseñaronse risosviles, petr.
ficados, con las armas abatidas.
Que entres, como uno de los
cuervos, teniendo en mano la
patria que a su vista, destaca
se de la línea avanzó hacia
abrió el uniforme por el pecho,
y, murmurando, habló así, a los
aliados que vacilaban: "¿Eh
muduchos! ¿Que esperan? ¿Fu
go!"

Salonfe, ¿los aliados?
Raymundo, Obedeciendo el
orden. (Campanilla que
Salonfe (serenamente) ya
hona lo mismo o la corne
de mi carne se, por su vida
ellos el misterio es mudo.

Escena V.

Didro y Marcala, (Manda
entre de ellos la trampa que

carpeta en una bandeja una
carpeta, que presenta a Raymundo
Raymundo (después de leer
la carpeta) Dígame que pasa.
Es el médico. (A Salonge. Manda
sala) Salonge suspira y se re-
uerza en el respaldo de un si-
llón, sintiendo visiblemente.
Raymundo va al fondo, al
encuentro del médico.)

Escena VI

Raymundo, Salonge y el
Médico. (que aparece por el
fondo)

Médico. Mil perdones, solo ahora
puede dejar el hospital.

Raymundo. Me imagino,
Doctor!...

Médico. No queda un lecho y
continuamos recibiendo heri-
dos. (Indicando delante de Salan-
ge, que se corresponde)

Raymundo. El doctor Ber-
thier. Mi mujer. (Cumplimen-
tos. Sentase. Salonge se man-
tiene a la izquierda. El fondo se ve)

noticias de su hijo, Doctor?
El Médico. Si. Tiene, ha días, una
carta de Iser. Está 2938. (Con
una sonrisa) Bien, en una trun-
chera, entre arados en nieve. (Se
lance levanta la mirada)
Solange (enunciada) El Doc-
tor, tiene un hijo en la guerra?
Médico. Tiene dos señoras... El
más joven es de Saint Cyr
Raymundo (horrorizado) De
Saint Cyr? (Señal afirmati-
va del Doctor) En Charleroi
Médico. En Charleroi.. (Solan-
ge, cruza los brazos, e indignada
En caberos se estremeció de horro-
El médico prede un momento in-
movil, en la mirada perdida
Raymundo va a cerrar la puer-
ta del fondo)
Raymundo. Los hijos! Los hi-
jos! La nuestra ¡sobrecilla!
Las escenas de Termidor gra-
raron su terror en su mente.
Asistió, no se como, al fusilamiento
de una niña y no hay nada...

de decirle al doctor que esperaba
a los.

Salazar. No... Ahora solo hablo
de la pequeña Judula. (Mirando
sede interrumpida son de Ray-
mundo) La hija de la car-
bonera, a quien ellos le cortan
con las manos.

Raymundo (vencido) Ah!
Salazar Despierta gritando, hu-
ye de la cama, corriendo, muer-
dose desparando sus muer-
cas, creyendo que le han cortado
también a ella las manos.
El mas leve ruido le altera.

No se, no se, Doctor!

Medico. Es preciso tener mu-
cho cuidado, mucho cui-
dado! Hay que distraerle
señora; evita que recuerde
nada por que no pierda
Raymundo. La memoria es un
subterráneo lleno de fantas-
mas, que se levantan en la
oscuridad y en el silencio. Es ju-
stamente por eso que a veces

de recomendar que no se dejen
solo. Es preciso atender
siempre la realidad
delante de los ojos por que no
sea el pasado.

México. Exactamente. Conviene
mantenerla siempre en
acción por que no se con-
trae, formándose un tórax
muerto librando de los recuer-
dos. El ser humano, cuando
le falta aquello de que carece,
lo saca de sí mismo. Así el
hambriento enflaquece por que se
deora; el solitario tiene alu-
cinations, por que imaginaria;
el trilete europeo pegándose a
su propio cuerpo, por que se auto-
destruye. Con esto tenemos recursos
para todas las miserias físicas
y morales. El recuerdo es una
de ellas, y vive en el subterráneo
de la memoria donde, infu-
lentemente, solo hay cadáveres y
ruinas.

Salamanca. 4 de septiembre de 1888

que es como el sol de la med.
noche.

Medico. Sol palido sobre la
nieve. Dica bien, mi seño-
ra. (Consultando al reloj,
en un bajor a Raymundo)

Estoy a sus ordenes.

Raymundo. Solange!

Solange (como despertando) Bu-

Raymundo. Dile al doctor..

Solange Yo? Pues no le dije te?

(Al medico) El doctor no sabe?

Medico. Hablamos poco, senora.

A la hora en que su marido me

busco en el Hospital yo estaba

agobiado de trabajo. Se tan solo

que Ud sufris mucho en...

Raymundo. Termine.

El Medico. Si, en Termine.

Raymundo. Habla. Cuentalo

todo..

Solange (Despues de una vacila-
cion) El senor, conice a Termine?

El Medico. No, senora. Nunca sali

de Paris.

Solange. Muerto con suena en los

alrededores. A pesar de la desaparición
de la ciudad vivíamos relativa-
mente tranquilos como ²⁹⁴⁰ un toro
a pretexto de una escape de los
operarios a una patrulla, comen-
zaron a bombardear nuestro desti-
to. Mi mando había salido.

Raymundo. Fui a la fábrica. No
podía ni imaginar lo que pasaba.
Solange. Yo me hallaba en la casa
con la pequeña y una vieja criada
cuando comenzó el horror. Fue ra-
pido como un cataclismo. El ruido
me llevó a una ventana. La abrí,
miré a la calle... ¡Nadie! Una
nube de polvo y humo entol-
daba el aire, y de instante en
instante, aquí y allí, explotaba
un obús; otros pasaban en el aire,
la tierra como una jarra de
vidrio. El propio frontón y el
nuestro rebento en llamas; otros,
más abajo, estallo como una
mina. Nuestra tejada se estremeció
aterrada, en un desvarío, trame a la
pequeña de la mano, Mamé a la
mi... y de cuando en cuando a la madre.

do, cuando, en un estruendo ha-
sible, comprendi' fue la casa ha-
bia sido alcanzada de pleno. y
durante mucho tiempo, oí un
como rodar de piedras, a espu-
cis fragores retumbante, y de
continuo, ora lejos, ora cerca, y
a veces como rodando en las pro-
fundidades de la tierra, el re-
tronar del cañones. Temblan-
do, apogando el llanto de la niña
conteniendo a la vieja que tiritaba
en un rincón, toda enojada,
alli estuve, no se cuanto tiempo.
La pequeña quejabase de sed y de
excesos de frios, casi me sofoca-
ba, abrazandose conmigo, tan en-
querida que hasta llego a vomitar.
La vieja refunfuñaba
con sollosos estrangulados. De
repente se puso a llorar, a gritar,
la llamé procurando calmarla.
Fue peor. Me vio la aterrada y
ni con palabras mia respondia con
un grito estridente.

el médico (cunigo mismo), Dr. horn
Raymonds., horrible! 294.1
Salazar. y luego, la obscuridad,
la humedad, las ratas... (Peque
no paum) De repente la escalera
estalló, cruzó, un hilo de luz los
tos los escalones, alagándose por
el suelo negro, y distinguí bultos,
y relucir metálicos, y oí un tintín
de hierros, y voces ásperas. La vieja
se puso a gaudir, como un perro
en largos estroñidos inintermitentes.
Las ratas precipitándose, en desbanda,
tirándose hacia mí pa-
sando sobre mi cuerpo su frialdad
horripilante. Llame, muy bajo, a
la pequeña; tanteé en torno mío,
y nada. Desapareció... Como
yo se, no se! El rayo de luz en-
tró a distorsionar los zincos; fijóse
en la vieja, y yo la vi entonces.
Estaba encorvada, abarcando los
piés con los brazos, y la cabeza
metida entre los rodillos. De su-
bito, un grupo de sombras la rodeó.
Hubo un son sordo, y luego cose-

quida, en cambio de agria
y otro grito largo, tremulo, agui-
simos. La vibracion de un submi-
ento intenso, grito que parecia
salir de la boca de una herida
tanto dolia! (Estremecia, subien-
dose trauridamente el aire,
como en un escalofrio) Despues el
silencio, entado por risotadas
y tintineos de aceros. El rayo
de luz moviase en todas di-
recciones. Uno de ellos vestia
un fofro, emendio la pipa, y
yo le vi el rostro largo, bermejo, de
un catadura de demonio pa-
reia. Obscurio de nuevo, y de
cuanto en cuando, una lambr-
latia en las tinieblas, y el rayo
de luz continuaba errando, empu-
endose y estorandose como un
tentaculo. Lo senti de lleno
sobre mi. Tuve un escalofrio
y encamine todo, conteniendo
la respiracion. Estaba descu-
bierta. Escuche risotadas dia-
bolicas...

Medico. Y eran muchos?

Salongo, No se, doctor. El tipo
tus barros el suelo, en torripa
aproximare, y vi un ojo de fuego
que avanzaba mirandome fija-
mente. quede deslumbrado, en la
vista obscuro. **2942** Los ojos doloridos
Entonces... (Se detiene un momento)
Entonces agarraronme brazos
de hierro, un halito alcoholico que
mome el rostro, una voz aspe-
ra rijo... Deboline, intente mor-
der, frite desesperradamente...
No se... No se mas... (Se pasa la
mano por los ojos, y se levanta
impetuoso, mirando en todas su-
rga, desvariado. Por ultima, en
un arrebato de angustia, se do-
ja caer en una silla) No se... No se,
el medico. Y despues?
Salongo, No se. Al volver en
mi me parecia que estaba
enterrado: me faltaba el aire;
tenia en el cuello una impres-
ion de ahogo. Me senta, y
reconociendo toda la escena, me puse
a llorar. Glacia fria, un frio de
tumbos. Y en el silencio, la ratla

comienzo, como leed. Arrostrame
trastando, y en voz baja me
puse a llamar a la vieja y a
la pequeña, ¡Nadie me respondió!
El medico. y como consiguió salir
varas?

Razonando. Fui yo quien la
desembri. Regrese a casa a la noche,
cuando cae el canchero. Toda la
mi calle era una ruina. Entre
en lo que fuera mi hogar, y
al momento pense en la bondad
deja, porque desde que me
vio el invasor, huyendo en
la posibilidad de ser atacado, y
pensamos siempre en la bondad
como ultimo refugio. Desem-
bi a ella, y alumbandonme
en un mechero, empuje
a boxes, llorando a fuerza
de voces. Tropecé en un cuenco
gordo: era la riega, en un poco de
sauce, acibillada a estrobar.
Solamente estaba mas adelantada
un sueno, de manera. La pe-
queña fue la ultima en aparecer.

multa entre unos copiers, fina, cam-
veteando los dientes. Estuvo que de
un mes muda... 2943
Solange, si él no hubiese tenido la
idea de buscarlos en la bodega,
ya habria muerto allí de miedo
y de frío.

El Médico. Es horrible.

Ray mundo. La guerra es eso...

El Médico. No, la guerra no es eso,
es eso... En fin. ¿Que se ha de ha-
cer? (Pauro) Pues, señora, es nece-
sario dejar Paris inmediatamente;
sus nervios necesitan de un
buen reposo y aquí se vive en
un ambiente de guerra. Aunque
estamos seguros de la victoria,
hay siempre recelos, sobresaltos,
a cada instante una noticia pe-
rrosa, toma bulto y se arroja
generando el pánico. Salga quan-
to antes y llevese a la vida. Be-
que una pequeña ciudad del sur,
de clima suave y vida sencilla, y
les garantizo que en breve es-
tarán los dos completamente cu-
rados.

Raymundo La pequeña, Doctor, de
la pequeña... va probablemente en
por Arles, donde tengo ponien-
tes, mas mi mujer?..

Medico. A Arles, me parece muy
bien..

Raymundo. Oh, va no reparo, a
no ve que mi mujer.. (El Medico se
mira Salange, que baja la cabeza,
y en una rapida mirada de exa-
men)

El Medico. Si, ella me tiene que
ver eso? Si basta le conviene el
caso.

Raymundo, (Desvanado) Oh, ...
Doctor es que es del Misericordioso
(Asombrado del medico) Si, del sol
lodo!

Medico. Como?

Raymundo. Es del misericordioso
(con los dientes cerrados) El tiene
crupscudo.. Eso no debe verer!
No debe verer, no es verdad!
Salange, (en un grito del alma)
mas que culpa tengo yo!

Raymundo. Es un caso de dife-

da, de legítima defensa. ¿Qué
es ese crimen? ¿No p... 2944? ¿Se
donde vive? Es un enemigo, viene
de la infancia a instalarse en el
hogar de una familia honrada.
¿Se huer? ¿aceptarlo? ¿recibirlo?
adoptarlo? ¡No! no! Rechazarlo.
El Médico. Como?

Raymundo. Como? (Salange clava
en el médico una mirada ansiosa)
Ella fue precisamente por esto
por lo que recurri a Vd. Doctor.

El Médico. ¿Por qué?

Raymundo. Eso no debe usted y saber.
Vd. Doctor.

El Médico (tranquilamente) Este
caso no lo voy a omitir.

Raymundo. Como?

El Médico. Soy médico.

Raymundo. Entonces?...

El Médico. Defiendo la vida contra la
muerte.

Raymundo (desmuntado) ella
ya no se trata de la vida...

El Médico (sereno) Como no? (Salan
se le levanta en actitud de salir)

Raymundo. ¿Dónde va?

El Médico. Siente esta llorido.

Raymundo. No es nada... quietate. Pte.
cien de ti. (Al Médico) ¿Cual es, entre
ellos?

El Médico. El señor debía haber
buscado a un juez y no a un
medico. Yo no cuido. Si hay
un crimen, nada tengo que ha-
cer aquí. Puedo reportarlo; pero;
¿qué, no.

Raymundo. ¿Mas cree Ud. enton-
ces que debo recibir bajo mi
techo, y dolo mi nombre, al hijo
del soldado, a la vilera de cada
infamia lanzada en un
no?

El Médico. Es una vida; de la que
se manifiesta y después
expulsa. Puede reportar su
nombre, sus cuidados, sus
lo pinto por lo de lo que
de la Ley natural: el
derecho de existir. Mi deber
de medico es salvar la vida
de fondo, no, si no por lo

so, en el sacrificio de la vida.
Raymundo, An: n lo dest... 2945
ra la linea de fuego y d, con
le dejaria el poco tronco al ene-
migo, coherente con sus principios
de filantropia?

El Medico, En la linea de fuego
yo seria un soldado, defensor de
una vida por la cual se baten
nuestros hermanos: la vida de la
Patria. Y alli estan tambien
sacerdotes munieros y ma-
tando como los antiguos tem-
plarios. Si yo hubiere nro llave
do por su reñon y lo encuentro
en peligro de muerte, no
vacilaria en sacarlo al filo por
salvarlo, y, asi, lucharia
aun por la vida defendiendo
lo mas util; mas en este
caso, no. Comprendo su des-
heredamiento, en adis, mas no me
poner a negarles. Pero voy a
clauso.

Raymundo, (con intencion) Vd
es hombre de guerra?

El Médico. De Paris. Y ya te dije
que mandé dos hijos por la jue-
rra, y, a pesar de mi edad, ni fuer
llamado por los armas, marchar
ría contento.

Raymundo. Y todavía defiende al
hijo del enemigo!

El Médico. Aquí no hay enemigo.

(Pausa) Dado que Vd. fuere juez
y tuviera que sentenciar en un
crimen de asesinato a fuer de
defensor: al asesino o a la mu-
te?

Raymundo. A la muerte... Con-
denar a la muerte? El Doctor
tiene Spirit.

El Médico. No tal. Saco el argu-
mento de sus propias pala-
bras. Pues Vd. no está condenan-
do la vida? ¿Fui responsable
de la muerte que nos lleva
como la vida que nos trae.
(Un momento) Serví en la
"Cruz Roja" y traté a innume-
rables soldados enemigos recu-
pidos en el campo de batalla. En
los salas del hospital ellos se en-

interior con un salvo como los
suplicantes antiguos cueros de
asilebon en los tiempos 2946
cumplía el deber que la Flumen
unidad exigía de mi honor. La
piedad tiene también sus herve
mos. Luego así proua no arro
cara del seno de una madre
una virgenia por catégoria
al odio. (Luto histérico de Lucete
a la derecha, Salompe se levanta
sobresaltado. Raymundo se preu
Julia hacia la puerta de la dere
cha).

Raymundo. ¿Qué es, René?

René (fuera) Es la pequeña.

Raymundo. ¿Qué le pasa?

Lucete. ¡Mamá! mamá!

(Salompe sale precipitadamente
por la puerta de la derecha)

Escena VII.

Raymundo y El Médico.

Raymundo. Es la pequeña. A
cada momento le ocurre lo
mismo...

El Médico (saca del bolsillo

don Flore, escribe una receta y
se la entrega a Raymundo. Un
calmante; un, lo mejor es salir
con ella al campo, déjala suelta
en libertad, al sol y al aire.
Pais no le envidia. Y en este
estado puede agravarse. (Se
pone a calmar los frentes)

Raymundo, Intruso, levedad
mente, doctor, no atienda Ud
mi petición? (Negación del
medico) Mas...

El Medico. ¿Que dice su seño-
ra? Piensa ella como Ud.

Raymundo. Naturalmente.

El Medico (moviendo la cabeza
en negativamente) No. No le

perdi de vista mi catro, comovamos.

Y no podría pensar de otro
modo: es madre. La maternidad

no es un privilegio humano; es
el orden natural, un principio

y no una convención, uno de
honor. Ud mira solo el atem-
bado, ella está bajo el prestigio
de la creación. Si en desconocimiento

do escarpados, le arrancaron el
hijo de los entrañas, 2947
a ante sus ojos mas monstro
so que el bruto que le vió en
los trieblos. El, al menos, le
mitió una vida, que ella si
ente ligada a la suya y que
yo le arrebataba.

Raymundo. Vd me fu un' mujer
debe renunciar al ultraje, acep
tando como legitimo al barto
do de la infamia?

El Médico. Yo no dije tal. A
terro, apenas, que en rentra
riendo su padre, no en un
que se le transforme el seno,
sino de tal una vida, en
un año de sacrificio. Se
olvidó la penitencia de
Salomón, antigua, me
siempre nueva. Vd asiste
indiferente al golpe;
ella, no!

Raymundo. Con tal doctrina
Vd justifica el adulterio
y sus consecuencias...

el Médico. El adulterio es
un caso moral, un caso de
conciencia. La adultera se
deprora por su inminencia
en el crimen, cada vez que he-
ría el corazón abierto. En
el presente caso, no! Su sero-
ro cayó bajo la torpe bra-
vura de un bárbaro
como hubiese caído bajo
un puñal. Es una víctima.
Vd no le acusaría de fla-
grante si ella tuviese
sus brazos alanceados
con los venos cortadas: ten-
dría piedad de sus sufrimen-
tos y pensaría caritativa-
mente en sus heridas. Y
porque le tortura más que
en el martirio de la malici-
osidad? Que culpa tiene
ella de no haber acabado
a tiempo, de su verdugo
como la víctima a quien on-
dona a puñaladas en la
bodega, o como la otra fun-

¿Vd cree que la colita?
Raymundo. ¿Vd cree que esto
 entorpecerá en la situación
 para ir a crecer en adelante?
 ¿Cris? ¿Cómo lo recibire? ¿Cómo
 lo recibirá el mundo? ¿Que pue-
 to le rodea en la familia
 al lado de mi hijo?

El Médico. Eso me enciende
 lo volverá.

Raymundo. Aceptando al
 intruso, o mejor, adaptan-
 do, portador del crimen del
 miserable y expone la man-
 cha de mi honor a los ojos
 de todos. Cree Vd, doctor Doc-
 tor, que la sociedad se compe-
 decen de mi existencia y
 me absuelva del ultraje de
 que fue víctima mi mujer.
 No; la sociedad es cruel. Me
 de reírse; y el hijo del solda-
 do será siempre mi oprobio,
 el oprobio de todos nosotros;
 honte de una pobre criatura
 de mi hijo, que me odia.

con el ligamen por la sangre
materna, nos detendrán en
los fets de mi sangre. El
Doctrinista en apelar a la
leyes de la Naturaleza
donde los pre un gobierno,
y con sus impulsos a la fe
obedecemos? no? La Ley di-
vina, o natural, como quien
llamamos, sea una fuerza
propulsora, nos corripa
y regule por el hombre
que vive en la Humanidad,
y no en la Naturaleza, en-
tonces a su intento. La hom-
es también un principio
regulador de la vida de
la familia. Si ella, que
seria el hogar? Un ar-
bol donde haba produccion
amor sus hijos, a la
memoria de los nombrados.
(Un movimiento) Y, di-
si en vez de una mujer casada
la víctima fuera una virgen
como decia V. H.?

El Médico. Exactamente como des-
dican en caso. No me ²⁹⁴⁹po-
con el estado de la mujer, sea
con la vida de que ella se depo-
sitaria.

Raymundo. ¿Tiene la despa-
da de una doncella...

El Médico. Como?

Raymundo. Improbablemente
en los momentos.

El Médico (con tono irónico) ah,
comprendo, comprendo!... (Grin-
ve) Yo debía meter al in-
fante por que despreciares el
quiere dimento, pudiendo así
la mujer mentar a un
hombre, con sus complicidad
Es uno de los muchos entre
pretaciones, de la hora,
no hay duda... (Toma
el sombrero)

Raymundo. Perdoname, Pa-
tor!

El Médico (mirándole fija-
mente) Su Jensen no le
conten la violencia no nimon?

Raymundo, si; acen en la bode-
ga; fue lo primero que me dijo.
El medico, y Va. que hizo
entonces?

Raymundo (con enlaza anda) Si
hubiese encontrado al me-
dico lo habria estrangulado.
El medico. Y a ella?

Raymundo. A ella?; Pa-
cita!

Medico. Paquita, dice bien
y si lo era en aquel momento,
mucho mas lo es ahora. (un
momento) La ley llevo a
levantar la espada contra
los espueros de la fuerza
mis, tuvo que bajarla ante
la Piedad. (Sereno, como un
pirado) Espere la victoria,
en el dia en que reviva la
oliva de la paz, renueva
tranquilamente, sin odio,
Monstru, los latidos, debemos
aprimar entretres de mi-
nencia a todos los crueles
del enemigo.

de Francia adoptara a los apaches
y la Comidad los criara 2950
lobo del Aventuro eno' alos
los hermanos, hijos de la
mental y de Morte, y es prohibido
que ellos vayan a vender, me
tade, el ultraje de que se hacen
como sea, el dia de mañana.
Como viviera el hombre? En
ta guerra va a modificar
profundamente la constitucion
social. Que especie de socie-
dad se rebautara en el juro
de los trucheros? Exponemos
que a disipar el humo de los
batallas y que aparezca
la Paz Como Rey del fu-
turo. No nos preocupemos.
La Bondad es la fuerza omni-
pota del Hombre, y el unico
vestigio que en el mundo de
materia divina. Y es por
ella, solo por ella, que el
hombre podra regresar al pa-
dis al Paraiso. (Fogue de
mondo de guerra a la distancia)

Escena VIII (Última)

Los músicos, Morala y Rene
(Morala irrumpe por el derecho
asombrosos, llegan hasta el centro
de la escena, donde tropiezan
con el médico, se detiene y
trata a arser brava con
derecho, encontrándose con
Rene, que surge por la
puerta, desahogado
y de paroxismo, con un
drigo en la mano.

Lucote (a la derecha, llamando
aflijidamente); Mama! Ma-
ma!

Raymundo (colorándose, sobre
saltado) ¿Que pasa? (Morala
se frena en la puerta de
la derecha, como atortada)
Los cornutos suenan mas
cercano.)

Rene. (mostrando el a'don)
La señora.

Raymundo. ¿Mas? ¿que fui?
(Comprendiendo, en un fútil
el horror) ¿Como?

Sueta (a la derecha, desahogado-
te); 'Mami', 'Mami', 2951
(Los cornetas vibran como pasan-
do delante de la casa. Raymundo
se precipita hacia la derecha
Monica y René lo acompañan
El Médico queda en expectativa
atenta. Oyesse llorar...

René (reapareciendo por la de-
recha) Doctor, mi señor le
está llamando. (Vuelve a en-
trar, El Doctor deja el número
sobre la chimenea y se finta
nerviosamente los pantalones
Raymundo. (Apareciendo por
la derecha, deprimido, en la
voz estrangulada) Acuda, Doc-
tor! Acuda... (Los cornetas se
van Alejandro Norte caer el
telón)

El Médico. ¿Que fue? ¿?

Raymundo. (Abatido) No
teniendo ánimo de dejarlo
muerto...

El Médico. (Interrumpiéndolo
vehemente) ¿Que fue? ¿? (Los

to desesperado de Raymundo.
Sublecondo el crimen no
salva. Uno le violenta en
el cuerpo; otro le violenta
en el alma. No se cual de
los dos... Penetrar por la
derecha indispuso, Raymundo
lo sigue abatido (no)
Pene (a la derecha, aflictiva
mente) Señor!
Lucite. (en un grito lacerante)
¡Mamá! ¡Mamá!

Felton rápido

Alegría 18 de febrero
1929.

Francisco Villalpessa
2952

El Oraculo

(Comedia en
un acto y en prosa
de Arturo Arceve
do)

Arreglo castellano
de

Francisco Villalpessa

Uruguayana 19 de
Febrero 1929

Personajes

Elena. v. n. d.

Nelson Abogado.

Budgero. Saltador.

Yose. Criado.

Epoca Actual.

Acto II

Salon y al mismo tiempo consultorio del abogado Nelson Puerta al fondo. Dos ventanas a la izquierda y dos puertas a la derecha. Estantes de libros, Consolas. A la derecha, cerca de la puerta del primer término, una gran mesa atestada de libros, papeles, tintero, pluma, un caja de puros, etc, etc. En el fondo de la mesa, casi en el centro, una poltrona.

Escena I

José, (solo) (al alzar el telón José está repantigado en la poltrona, con un plumero en la mano, saboreando un puro. Digan lo que quieran: no hay nada mejor.

que la de un estado de
un abogado rico y mi can-
sas. Paso los días en una
beatitud envidiable, sin
tener nada absolutamen-
te que hacer, comiendo y
bebiendo de lo mejor y
fumando buenas plenas.
El amo nunca está en
casa y yo me hago la
cuenta de que todo esto
es mío! Permite Dios que
no acaben nunca mis
amores con la dichosa
viuda! Mientras ellos
duren, durará también
mi felicidad! ¿y por qué
no puede durar? La
viuda es extraordina-
riamente bonita y no
le debe costar al amo
grandes sacrificios, porque
ella es también muy
rica (señal de dinero) y
es bien extraño que no se
casen... ella viuda y el

Soltoso... Ma. Dns me libr
de fue re les aurre... 2954
eso... Entrando una mujer
en esta casa, adiós tranqui
lidad! (Tóque de campanilla
Jose se levanta) Quién será?
Algun cliente!... Lo dudo... Se
ría lo mismo que floreciere una
viola en diciembre! (Yendo a es
piar por la cerrilla de la puer
ta del fondo) Mas... no me
engañan... es ella!... La viuda!
Es raro!... Es la primera vez
que viene aquí... ¿Que ocurrirá?
(Nuevo toque de campanilla)
Allí voy!... Allí voy!... (Abre
la puerta y entra Elena
de repente vestida de
talle obscuro)

Es cena II

Didro y Elena

Jose (inclinandose ceremonio
samente) Señora...
Elena. Recenas tardes busco
a alguien en los días)

Jose (se inclina a ella) ¿Señora?

no está en casa?

Glenn. Terrible mucho en vol-
ver?

José. No sé, pero no tiene
horas fijas.

Glenn. (Mirando fijamente)
Me conoce?

José. Como no, mi señora! Ahu-
dos veces tuve la honra de
ir a su casa por mandado de
mi amo.

Glenn. Si, es verdad.

José. Y aunque así no fuese,
bastaba ver todos los días
el retrato de la señora. Está
a la cabecera del lecho de
mi amo. (Señalando a
la puerta del primer ter-
mino) Allí, en aquella
alcoba.

Glenn. Mi retrato?

José. Está parecidísimo
pero solo le falta ha-
blar.

Glenn. Salio hace mucho
tiempo?

Zoré inmediatamente después
de almorzar.

Elena. Ha estado enferma? 2955
Zoré. No, señora; esto es por
pequeña salud.

Elena (Arrebatadamente) En
tonces, ¿puede hacer cuatro
días, ¿me me aparece?

Zoré. No se, mi señora.

Elena. Está visto. No puede
saber... No es de mi incumben-
cia... ¡Dios me nervosa y así
está estoy!...

Zoré (Apelando a la piedad
na) ¿Puede me siento, mi
señora? (Elena se sienta) ¿Vd
quiere que le vaya a buscar
una copa de agua con azu-
car y unas gotas de agua
de azahar?

Elena. Por mí?

Zoré. Como le retorna dijo
que estaba tan nervosa...

Elena. Pues, si, acepto. (Zoré se
vuelve y sale, Elena se levanta
y se encierra)

No voy a separarme... Esta carta
de mí! Se deslizo el sobre.
Todo acabó!... Ya lo esperaba.
Hace muchos meses noto la
mudanza de su entusiasmo
de otros tiempos. ¡Allegir ha-
bría sido que nos hubiéramos
casado! Y pensar que he sido
yo, yo misma, quien se
he abierto! Me fue tan
mal en mi primer ma-
trimonio que no quise
repetir la suerte. Soy
lo suficientemente inde-
pendiente para que se-
me importen lo que puedan
decir... Se sienta y se levanta
de nuevo, cada vez más
agitada Monó: es impropia-
ble que Nelson sea tan
infructuoso... Hace tres años
que le perteneces, y nunca
truve otro amor, ni nunca
pluse' on otro hombre... Se
levanta trayendo una copa
de agua en una bandeja de

plata que presento a Elena. (Al-
tebe algunos ~~dorlos~~) muchos
gracias. (Yore va a colocar la ban-
deja y la copa sobre una consola.)
Dígame, Yre. (El se le aproxima.)
¿Se llama Trejeras así?
Yre. Yre Trejeras, pero me refiero
a la señora.

2956

Elena. Dígame... (Carrepiñen-
do) No, no, no me diga
nada. (Aparte) ¿Qué iba
yo a traer? ¡a un criado!
Yre. Vd. puede estar abor-
dante en mí. Hace más
de dos años que estoy al
servicio del señor, y usted
aprecia en mucho mi
discreción.

Elena. No tenía correcto
entenderlo. No pienso
que en la vida pueda dar-
le como me hizo una leve
incorrección.

Yre. Soy un simple criado,
muy a pesar de eso, pero
alguna corrección.

Hlena. Que tempo q' que ver con
ero?

Don. Quiero darle agradable, y
le puedo asegurar que
nada que vista, absoluta-
mente obre en esta
casa, que pueda causar
a Vd. la mas minima in-
comodidad.

Hlena. Bueno.

Don (risiéndose) Entretanto
si Vd. lo desea, aborvare
desde hoy en adelante an-
mas cuidados, y se lo comu-
nicare a Vd. lo que sea.

Hlena. Callese! Quien me
tome? Espiarlo? ;Nunca
tome de compañía. Sali
saltaba) Seria el?

Don. No, señora. El tigre de
mi amo, es mas enérgico
que de dueño de casa.

Hlena. Entonces, son algun
cliente?

Don. Seria un fenomenon.
¿Quién sabe? Nada que

de ocurrir! (Yendo a ver por
la puerta de la Puerta No.
señora; no es un personaje
(Voluntoso) Es un caballero
de mis conocimientos que
yo nunca vi por esta casa.
Senador Budgero Sanchez.
Elea. El senador Budgero
Sanchez? No quiero que
me vea! Es un viejo amigo
de mi familia.

Jose (yendo a abrir la puerta
del cuarto del primer termi-
no de la derecha). Quiera
Vd entrar por acá, mientras
yo lo despacho?

Elea. (Voluntoso) En la
alcoba de él?

Jose (voluntoso) Que tiene
eso de particular? Vd ya
está allí en fotofonia. El
original estará mejor...

Elea (al entrar) Si el
señor no le diga Vd que
estoy en su alcoba...

Jose Si señor

Uena. Juino causale una sorpresa.

Yose. Y muy agradable. (Uena Sale) alle poche que el agua de abalho, la ha sentado bien. (Uena toque de conprouilla) alla voy! alla voy! (va a don la puerta del fondo)

Escena III

Yose y Ludgero.

Yose (mirándose). Puede pa-
sar el excentrismo señor
senador Don Ludgero San-
cher... (entra Ludgero. Hom-
bre con septuagenario, mas
bien conservado y elegante.
Cabellos blancos. Gendelo.
Polainas, viste un traje claro,
de la ultima moda, un po-
co anisropio, tal vez me-
ra en edad. Trae un pape-
te en la mano.

Ludgero. Va me conoa?

Yose. Que n le conos! Miren
me bien, señor senador, soy

Jose, Jose Moore. el criado que
va de trapo de la provincia.
Ludgero (Caratondor 2958)
Ah, Poi! mi criado cuando vi-
nia en el Hotel de la Par. En
tan expuesto, tan vivo, tan in-
deligente, que venia traen-
do conmigo cuando sali de
la Provincia. Llegamos a
Mosú, y aqui me arrepenti
de haberlo traído, y un
dia te jure de patitas
en la calle. No es eso?
(Se sienta en la poltrona)
Jose. Acuerentay por saber
el motivo de esa determinacion
cruel, que por mi fue una
desgracia?
Ludgero. Convencime de que
tenias demasiado talento
por ser un simple criado.
Los 8 ciutla y los Crispines,
solo me agradan en el ho-
pital y en la Princesa.
Quien de la escama me
resultan simpaticos y

esperaba, pero Dios me engañó.
al salir de mi casa, encontré
más un cuerpo mejor. ¿Porque
no te empleaste en el comercio
de la seda?

Yosé. No soy ambicioso. Me
afunda esta situación, y me
considero colocado mejor que
un año.

Ludgaro. Eres filósofo, y
un un granuja de mujer
mayor.

Yosé. Más granuja que
filósofo.

Ludgaro. ¿Estas al servicio del
señor Nelson?

Yosé. Si, señor, y se puede
asegurar que el arte de
pedir dinero.

Ludgaro. Si el fuese tan
espiritual como yo no te
podría aguantar.

Yosé. Ni yo tampoco lo
aguantaría.

Ludgaro. El fuma cigarrillos tan
buenos como los que yo fumo.

José. En algunos que el fama no
se pueden comparar con 2959.
los de ed son filipinas, los mi
año en Legitimor de la Habana,
Ludgero. Tanto mejor por
ti, yo gusto de los mis, y
no quiero de los otros. (Marta
do el papate) A qui tengo
mi posesion por un mes,
(Seventandra) deja eso en un
mueble cualquiera. (José
cubren el papate, sobre una co
sola) Oh lo me ves, tu amo
no está en casa?

José. No, señor.

Ludgero. Si es bien educado no
debe de tardar. Escribime
que me diere una vuelta hacia
aca cuando vniere a la ciudad
porque deseaba hacerme una
consulta.

José. Bien vi que Ud venia por
ser consultado. Para consall
a mi señor aun estamos
esperando el primero que
venia.

Budgero me pudiese que me
y en la respuesta que voy a los
dos estaría aquí. (Consultando
al reloj) La son los dos y
(curios)

Escena IV.

Dichos, Nelson, y después Ellen.
Nelson (entrando por el fondo)
Su reloj está cinco minutos
adelantado, quiendo Budger.
El mío está bien: lo puse con
el reloj del Ministerio de la
Gobernación.

Ellen. (entrando la puerta, apor-
te) Es su voz! Es él!

Budger. Minuto mas o minuto
menos, no pudiese decir nada.

(Después de estrechar la mano
a Nelson) Entreg a sus cosas.

Nelson (a José) Vete allá
dentro (Tras sale por la puerta

del segundo término echando
una mirada a la de la alista

donde está Ellen, llevándose la
copa y la bandeja) Perdóneme

si le he incomodado. Mañana

vive con ellos, en la afueras,
son is alla se precismen dia
enters... y luego, la cienciadam
be de cienciadam... Por eso me
he atenido a pedirle
ese por aco.

2960

Judges. El libro muy bien; no ten
go propie perdonarle. Soy un
soltam ocioso. Vivo de las
rentas, me escaparon de
mi juventud tempestuosas
mi otra ocupacion que fues
y leer a Balzac.

Nelson (citandole una
silla junto a la mesa) Es un
autor favorito?

Judges. El favorito, no; el unico.
Balzac es suficiente para
toda la existencia de un
lector. En su obra estan com
prendidas, no solo todas las
pasiones de la sociedad moder
na, sino las de todo el genero
humano. Tengo releido
aquellos cien volumenes
no se cuantas veces. Siempre

que llevo al extranjero desde
saludades del primero, y
me llovio de nuevo a él
con curiosidad y satisfacción.
Se bastan a Balboa veinte
años para escribir todo
aquello: a los simples nava-
tales como nosotros, quan-
do Nelson, son necesarios
cien años para leerlos ellos
pues al pronto ¿que desea
de mí? (Se rieñtan, dehien-
do quedar Nelson lo mas
cerca posible de Elena, que
continua escondido)

Nelson. Yo se que Vd es uno
de los hombres que mas han
viajado, que mejor conocen
el mundo. Se que en
su juventud que Vd me-
nos a bordo de califones
de tempestuosos, tuvo
un numero incalculable
de aventuras amorosas,
y es evidente por todos
años un verdadero asombro

en cuestiones de amor. Se
tambien fue muchas jóvenes
proco experimentadas, reu-
nien a Vd y a sus enseña-
y en esto tan oportunos y tan
discretos que guies a ellos
al menos cuanto pretendian.
Pues bien, frasco en la vida
amistad fue le leyo a mi
prode y en la bondad
en que Vd siempre me
trato, quien yo tambien con-
sultarle sobre un caso muy
delicado.

Ludgero. Un caso de amor?

Nelme. Si, un caso de amor.

Ludgero. Imaginan lo que
le dijera que yo era un
oraculo. Alguna experien-
cia, en si, tengo, por pre-
toda mi vida resendi-
a "odor de ferruñe". Las
mujeres me costaron mu-
cho para que no me dejara,
por lo menos, el orgullo y
la consolacion de poder con-

... pero no fueran
ellos, fue Balzac, en prin-
cipal, el que hizo de
mí, no un orculo, mas
si un modesto consejero
algo avisado. Expóngame
su caso.

Nelson dijo de antemano
quid me me este verdadero
mapaderia.

Ludger. No es mapaderia.
Entre asuntos para mi ten-
ner mis intereses que le
representan alce y la
telefonía sin hilos.

Nelson. Entonces, enciende
un cigarro para que me
pueda oír en una pausan-
cia. (Se ofrece una caja
de cigarros)

Ludger (tomando uno)
Acepto, propiamente que Ud.
solo fuma tabaco de
primera.

Nelson Como lo sabe?

Ludger. Por su modo.

Nelson. Ah! (recuerden los apuros
y furor)

Ludgers. ¡Bueno me
tiene...

AYUT. 2962

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

Nelson. Hace tres años soy el a
manente de una señora viuda,
distinguidísima, bien educada.
Quiero decir un este caso. ¿Le
debo hacer?

Elena (comovida al rostro) ¡Oh!

Ludgers. Es la primera vez
que soy consultado en este
sentido. Ordinariamente reu
nren a mi experiencia los
que desean, no decir, ni no
empezar... Es iridi, pensable
antes que nada, conocer los
motivos de ese disgusto. ¿Tiene
celos de ella?

Nelson. Celos? ¡Oh, si la conociera!
Es un modelo de dulzura, de
fidelidad y de constancia.

Ludgers. Existe alguna
particularidad que le aleje
de ese modelo? ¿Quiero decir
alguna amabilidad alguna

defectos por eso... por ejemplo...
el mal cliente?

Nelson. Por amor de Dios! Es
una mujer sana, limpia, fra-
gante a rosas!

Sudgen. Entonces, ¿es fea?

Nelson. ¿Fea? Una de las cosas
más bonitas de Madrid.

Sudgen. Tiene mal pelo?

Nelson. Una palomita sin hid.

Sudgen. Entonces, es toda
vanidosa, presumida, bruta?

Nelson (interrompiéndole) Nada
de eso. Es una mujer deli-
ciosamente espiritual,

y como ya le dije antes,
agradablemente educada.

Sudgen. Es beata? Anda
sometida en las iglesias? Pa-
sa la hora, olvidada, re-

sando en un coetón?

Nelson. Apenas, va a ir mu-
cho los domingos.

Sudgen. Tal vez abuse del
piano y cante desordenado.

Nelson. No canta... toca el piano.

Mos no abusa. Dígale mos, es
una moran' llova en espíritu
de Chopin. 2963

Sudgers, Vd gusta de oír ma-
jer?

Nelson, Le juro que no.

Sudgers, Bien. Ya ve lo que es
eso. Me acuerdo la aborrecer por
que no le cuento defectos. Es
breve de mas.

Nelson, Genial mte!...

Glena (aportes aporreados y
desaparecidos) Ah!

Nelson, El caso es que ya es lo
suficiente para aun mas de
lo que debiam. Uf, que acabo
en ello. La viuda tiene una
trijita que aun que esta
en la edad en que se muere
sin mas, mas empiezan
a crecer a ojos vistas, y
es conveniente hacer algo
para que antes tarde no se
enfrente a la madre.

Sudgers, Eso es ahora, un
poco de hipocresia. Que le

que pretenda la mujer a la
justicia de veros, de la verdad?
El amor no conoce esas
penas ni conveniencias.

Nelson. Además soy joven
... tengo un gran horizonte
delante de mí... empiezo
ahora mi carrera de abo-
gado... Los trabajos prima-
riamente amenazarán
mi promeris.

Ledger. Vaya por ahí. Lo
que le inquiete es su porve-
nir y no la criatura. La
Mujer, digamos: tiene la sefun-
dad, la sefundad absoluta
de un mujer porca efec-
tivamente todos en perfección
¿ver?

Nelson. Si no es la más perfec-
ta, a la menos imperfecta
de todas, los mujeres que
he conocido.

Ledger. Pues tenga cuidado,
mi amigo. Muchas veces
tenemos la costumbre de

una cosa, y la otra era otra muy
diversa. Por ejemplo: este cigarro
puro, que va por lo común
si fuere de la Habana, es una
mistificación es condolosa y
no tiene de la Habana sino
el nombre. (Levántase y toma
el cigarro por la ventanilla)
Nelson (levantándose también)
Pues sí, lo pague en buen
precio.

Ludgero. Y los mujeres, ¿cuán-
to son más fácilmente que
los cigarros.

Nelson. Afirmele que la mujer
de que se trata es excepcional.

Ludgero. Y ¿dónde puede verse
libre de ella?

Nelson. Lo mismo.

Ludgero. ¿Es un resaca
irreversible?

Nelson. Irreversible?

Ludgero. ¿Que cosa más rara!
En fin... Solo hay un medio
de conseguir lo que desea.
Un medio violento, pues un com-

Nelson. Cual?
Ludgero. ¿Suave?.. Desaparecer!
Nelson. Ella era a buscarme
a cualquier lado donde yo sea.
Ludgero. No cabe duda; mas
hágase invisible, váyase por
días al extranjero, y regrese.
Naturalmente aparecerá en
seguida y le preguntará
en términos asperos, o rante-
do, el motivo de su partida.
Séñale, entonces, de valor
y responda lo siguiente: "En
vista de un hecho que llefó
a mi conocimiento, nada
mas puede haber de co-
mún entre nosotros. No me
pida explicaciones; meta la
mano en su conciencia y
mida la extensión de mi
resentimiento".

Nelson. ¿Y si ella aparece
antes que yo desaparezca?
Hace cuatro días que no
voy a verla. Espero que de un
momento a otro surja pro-

agui. Me admira que ya no
haya venido.

2965

Sudgers. Y ella no le escribió?

Nelson. No hay nada en este mun-
do que le obligue a escribir
una carta a su amante, ni
aun una tarjeta. Es un siste-
ma que adapta, y en el cual
no cede, nunca lo que su-
cede.

Sudgers. Seididamente esa
mujer es un ave fénix. Yo, en su
caso, le metía en una red-
ma.

Nelson. Mas, dígame ¿si ella
apareció ante, de mi viaje?

Sudgers: Le arrojé al viento
las frías conveídas. En vista
de un hecho que llevo a
mi conocimiento...

Nelson (interrumpiéndole) Ma-
que hecho? No le dije ya que
es modelo de fidelidad?

Sudgers (murmurando) Mi joven
amigo; debo parecerle un poco
bello en el bello sexo; mas crea lo

que le digas: no hay mujer, por
sus virtudes que sea, por sus
amante, que no tenga alguna
cosa de que la acuse la con-
ciencia. Su bella vida, a
pesar de las aporricias, de-
muestren lo contrario, no
puede, no debe escapar a la
ley común. Desde que se
se refiere positivamente
categóricamente, a un hecho
cuando no deduce que hecho
sea, ella quedará persuadi-
da de que su amante tu-
vo conocimiento de algún
hecho que pasó y que la
probablemente juzgaba oculto
por siempre en el velo
del más impenetrable se-
cretos.

Nelson, más aun cuando ella
tenga algún pedregallo en
la conciencia (le juro que no
lo tiene) en ciertas partes
tarde enojosamente y me
exigirá que yo ponga los apuntes

Sobre los cie... Me de fueren y me
yo le declare el hecho a me alu
do... y, vamos a ver! Como au
sulta sin consentimiento que se
defienda?

2966

Ludgero, Ah, señor juriconsult
si pretende aplicar normas ju
ridicas a este asunto, este va
variado!.. La jurisprudencia
en el amor es un absurdo.
Acuse, retirese, y no se
meta en explicaciones.. Se
garantizo que el éxito es se
guro, tanto mas... y per
done este pequeño alague a
su amor propio— cuando
veelo que ella será tan in
cente como mis cigarros
de la Habana. (Veniendo a buscar
su sombrero y su bastón) Y,
en esta, adios! Diga mi
consejo y deme noticias su
yas... (Le tiende la mano)
Nelson. (Apetundolo) Adios, y
muy agradecido. Voy a acom
pañarlo hasta la escalera.

Judgers, lo que es por una
de recomendación...
Nelson (mirándose) no faltaba
más... no faltaba nada... (Sale
ambos por la puerta del fondo)

Elena (volviendo a escena) Ahí
mí, vosotros!... Es preciso que
el tra me vea. Quiero demon-
strar a estos señores que yo
también lei "La Comedia
Humana" de Balzac. (Esa-
dese desde de una de las
puertas del fondo)

Nelson (desde el corredor) A
dieu, Judgers, y de nuevo
le repito las gracias! (Vuelven
preocupado sin ver Elena, y
este sale rapidísimamente por
la puerta del fondo, cuando
el se dirige hacia la mesa)

Escena V.

Nelson y después José
Nelson, en vista de un hecho
que llevo a mi compromiso
nada más puede haber de común

entre nosotros! No me pida
explicaciones: métela en su mano
en su conciencia y 2967
extensión de mi resentimiento.
Así solo, mi estar ella delante
de mí, es fácil; mas decir as-
tás a una señora de la que
nada se sospecha... Sí, realmen-
te? ... No como? Como es po-
sible? ... Decididamente me
va a faltar valor. (Con una
idea) Si yo se lo escribiera? e
efecto sería el mismo (Se en-
ta a la mesa y se dispone a es-
cribir. Toca el timbre. Mueve
la pluma, prepara el papel
etc., y entra José)

Nelson. Nadie vino a buscarme
mientras estube fuera?

José (Después de lazar una mirada
a la puerta de la alcoba) Nadie.
Nelson Cierra aquella puerta.
José (Después de cerrar la puer-
ta reparando en el producto que
el senador se dejó sobre una
consola) El senador dudando se

dejo aquí olvidadas estas copias
de cigarros.

Nelson. ¿Como sabes que son
cigarros?

Yre. El lo dijo.

Nelson. ¿Le conoces?

Yre. Que el quien me trajo
a ella y a él.

Nelson. Es un buen sujeto?

Yre. Magnífico.

Nelson. Muy aficionado a
las mujeres, no?

Yre. Nada de él lo que qui
eren.

Nelson. De veras?

Yre. ¿Fue una de ellas
quien le hizo senador.

Nelson. ¿Ella, que dices?

Yre. Que la embicé que le
enipuso para atorgarle sus
favores. Me parece aun estar
ayudándole. - él puenido ludca
nito, mientras, no seas sena
dor no será tuyo". Antes de
un mes, aprovechando una elec.
ción, el gestivo en el foris.

no su custodia, y obtubo un
puesto en alta carga. 2968
Nelson. Esto bien, me gusta de
chacharas. Anda y ve si lo alcan-
zas... Debe ir a tomar el tranvia
por su casa... Esos cigarros
pueden hacerle falta.
Yosi. Voy al momento.
(Va a abrir la puerta del
puerto)

Nelson. Por ahino... Sal por
la puerta del servicio al 2o.
Sale por la puerta del segun-
do termino de la derecha.

Escena VI.

Nelson y despues Elena
Nelson (tomando la pluma
y escribiendo) Señora: a la
vista de un hecho... (tocan
la campanilla) Debe ser el
senador que vuelve a bus-
car sus cigarros. Y yo que
se los mande llevar con
Yosi! Levantase y va a
abrir la puerta. Entra Ele-
na)

Gloria (entrando impetuosamente), oh, Nelson! Amor mío, que puerre decir esto? Hace cuatro días que no te ves... y es la primera vez en tres años, que tu ausencia es tan prolongada. Dime, Amor mío; ¿que tienes tú? Porque me ves con tanta frialdad? ... ¿Te pasa? ... ¿Se han dicho algo mal de mí? ... ¿Fui víctima de alguna intriga? ... Porque te calles? ... Porque me rechazaras? ... ¿Y no me amas? ... Habla, habla, por Dios, Nelson! ... (Paura) Ese silencio. (Con un pito) Ah, todo lo abriendo! Amas a otro! Nelson (con un gran esfuerzo) a la vista de un hecho que llevo a mi convencimiento, ya nada más puede haber de común entre nosotros! ...

Elena. ¿Que hecho?

Nelson: No me acuerdo. 2969
ciones.

AYUD. ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

Elena. Tanto no solamente
el derecho de pedirte, como
de exigirte las.

Nelson. Meto la mano en
mi conciencia y mudo la
extensión de mi resentimiento
to. (Alejándose)

Elena. Estoy perdida! El
miserable no guarda el
secreto!... (Se ac sentada
en una silla cubriéndose el
rostro con las manos)

Nelson. (En un impulso de sobre
salto) El miserable!... ¿Que
miserable?

Elena. Bien sabes quien es,
pues ya ves que nada igno
ras. (Levantándose) A veces
razón, Nelson, nada puede ha
ber ya de común entre
nosotros. Aprecio el respeto
la delicadeza de tus sentimientos.

tos. (Dirigirse hacia la puerta
del fondo)

Nelson. Oye, Elena!

Elena. No pienso ir nunca más
te juro, como últimos favores
me no me insultes. Yo es-
taba en la dulce persuasión
de que todo lo ignoraba,
de que jamás vendría a
encontrar una debilidad mía
que tan desgraciada me
hace, porque abre un abis-
mo entre nosotros. Veo que
el cirujano fue indiscreto y
que hizo mal a tus ojos
la noticia de una vergen-
rosa aventura a la que fui
arrastrada en un momento
de desvarío, y de la cual
me arrepiento amargamen-
te. ¡Que fatalidad! (Empiezo
a llorar y sollozar); Oh, yo
debería haber adivinado que
todo lo sabías! ... Tu ausen-
cia fue bien significativa.

2970
y. yo, loen, en la suposición estupe-
da de que aun podría entender
mi ignorancia! (Con un so-
lloso.) Adios, adios!
Nelson. Ellos ven aun. Quien
saber...

Hlena. Saber qué, si todo
lo orbes ya? Que resultará
de cualquier explicación
entre nosotros? Tu perdón
ah, no; no me perdones, Nelson
porque tu perdón iría contra
tu carácter de hombre de
bien y pundonorosa! (Con
otro solloso) Adios! (Se
encomiende hacia la puer-
ta)

Nelson (interponiéndose, con
vehemencia) Ya te dije que
quiero saber...

Hlena. Si alguna cosa quie-
res saber que aun no sabes, te
entendidos que fue tu frialdad
tu alejamiento, el poco ca-
so que al final siempre...

te a volar, lo que me
determinaron a dar el mal
paso que di y que tantas lá-
grimas me ha a costar. Tu
nunca me comprendiste. Nunca
estimaste el incomparable ten-
or que había aquí (golpes de
puños).

Nelson (enfurecido) ¿Entonces
era cierto? ¿Pertenece a otro
nombre?

Ilena (con dulzura) Si ya tan
fría, tan tranquilamente
me lo dijiste, porque lo repi-
tes ahora con tanta vehemencia
no podemos irritados el uno
contra el otro. Separemosnos
como dos buenos amigos. con
un apretón de manos. (Se apri-
eta la mano. Bon la mano en la
suja) Adios! Acuérdate de
la infeliz Ilena, que te ama.
Aun como siempre te amo, mas
no intento nunca volverla
a ver. No es digna de ti. (Sale)

condone mos a Nelson, sin que
la mano) Si al fin de 297 guardas.
me peca nuestra ventura, pan-
da, que te consuele la seguridad
de que desde ahora mi vida
va a ser un infierno de
remendimiento y de san-
dad. Adios para siempre!

Nelson (abrazándole) No, no; no
saldrás de aquí sin que me
digo, antes el nombre de
ese hombre!

Elena (tranquilamente) Pues
n'lo saben...

Nelson (furioso) No lo sé... Que-
ría probarte... y no imagina-
ba...

Elena (huyendo de la mano)
Probármel... No comprendo! Si
nada sé; por que me lan-
zaste al rostro sin culpa? y
que culpa? te pregunté ya
ahora. Tienes, acaso, mas dere-
chos sobre mí que cualquier
otro hombre? No soy libre

como los peyos? No rechaze
la mano de esposo que me ofreciste.
Sabes tú si en ese otro hombre
encuentra mas sollicitud, mas
delicadesa y mas amor que
en ti? Quisiera acercarme
a ti? Por la ausencia de la soledad
sacrificas, tal vez, el porvenir
de mi hija, y enterré mi ju-
ventud, porque me imagine que
tu amor me compensaría de
todo eso! Cual fue la compen-
sación? Este ardido infante de
vivir con un hombre! Pues,
bien, Nelson, ese hombre existe
y tu nunca sabrás quien es! A
dios (dirigiéndose al fondo)
Nelson (rejetandola) Glenc!
Glenc, dime el nombre de
tu amante!

Glenc; Callate! No des-
ciendas, mas amor!

Nelson, (trémulo y apenado)
Desciendo, desciendo, quiero des-
cender, descender mucho, con tal
que te encuentre allí abajo!

de mi el juicio que pudiese... de
me como el mío... 2972
de los nombres... mas en terrible
confesion ha hecho que mi amor
extinto despierte mas violento, mas
impetuoso que nunca!

Elena (Quitandose de pronto de
de los brazos de Nelson); ¡Deja
me, Nelson, dejame!
Nelson, a mi amor le falta
esto: los celos! Yo te amo,
pero de lo que te amo, propiamente
nunca me parece mas
bella, propia nunca me se-
duce como asi!

Elena! No, dejame, dejame! No
soy digna de ti!

Nelson, ¡Oh, callate, mi amor
mi alma, mi Elena!... te
perdono! Te amo! Te amo!

Elena. Entonces, si realmente
me amas, si me adoras, tu
eres quien no es digno de
mi! (Desprentese de los bra-
zos de Nelson y luego hacia la
puerta del fondo)

Nelson (quendo a' borsele) Vem aca-
ya!... no soy yo quien te perdona...
eres tu quien me perdonas a mi! el
indigno soy yo.... (Elena finge que
llora) No llores.... Sientate aqui.... junto
a mi.... y conversemos tranquilamen-
te.... (La luce sentarse en la poltra-
na y el se sienta a' su lado, como antes.
Elena (enfrijandose los labios, frías
hadas de este suceder si nos hubie-
ramos casado!...)

Nelson. Tu no quisiste.
Elena. Si yo fuese tu mujer no
te engañaria.

Nelson. Aun estas a tiempo de
serlo.

Elena. Oh, Nelson!

Nelson. Te amo! Me amas! Que
no importa el resto?

Elena. No, no; tu no me puedes
amar como antes.

Nelson. Te amo con mas pasión
con mas fuerza! (La cubre de besos: en-
tra su y se cubre con los brazos los
ojos)

Escena VII

Nelson y Elena. Queda solo el momento

José. Ah

Nelson y Elena. Ah! Ah!

Nelson (levantándose) ¿Que es eso? ¿Que
me las manos en la agita?

José. No cuenta al revés... y vuelvo
en la agita.

Nelson. Pues guárdalos allá dentro
hasta a la tarde iras a llevar
los a su casa.

José (aparte) un par de lunas
más; que felicidad!... (sale por
la puerta del segundo término.)

Nelson vuelve a sentarse donde estaba
(al lado de Elena)

Elena. ¿Quieres, entonces, que yo
sea tu mujer?

Nelson. Es el único medio de ser
felices; eso es la mayor prueba
de amor que podemos darnos el
uno al otro.

Elena. Te supongo solo una condi-
ción.

Nelson. Di...

Elena. Gasas, y bajo ningún
pretexto, me pedirás explicaciones
sobre el pasado... ni previsiones de
lo que me va a pasar.

Nelson. Permíteme, entonces, en ocul-
tar me?...

Elena. Permíto... (se levanta)

Nelson. (levantándose), ¡Sea!

Escena VIII

Nelson, Ludgers y Elena

Ludgers. (Entrando) Con permi-
so... Dejé aquí mis cigarrillos. (Vi-
endo a Elena, sorprendido) ¡Oh,
señor Dña Elena! Vd. aquí?

Nelson. ¿Se conocen Vds?

Elena. Hace muchos años. El
señor fue muy amigo de mi
padre...

Nelson. ¿Y también del mío.
¡Qué coincidencia!

Ludgers. Coincidencia, porque

Nelson. Porque somos novios.

Ludgers. ¿Novios?

Nelson. Acabamos de celebrar
nuestro casamiento.

Ludgers. ¡Parlamos, muchos por-
tantes... Mis mis cigarrillos?.. Ten-
go prisa... El tranvía sale dentro
de quince minutos.

Nelson. Voy a buscarlos de los

Escena IX

Glenn, Ludgers, después Helena
y Gore.

Glenn. Aquí está en lo que acab
an sus consejos, señor oráculo.

Ludgers. Adisconsejos?

Glenn. Yo soy el fenix, la mu
jé ideal de quien el quier
verse libre, y lo vi todo desde
alli, donde estaba escondida
Grea, no obstante su implacabi
lidad para los pobres muje
res, que nunca tiene otro
amante... Nos le dije a él
lo contrario... Confesó una
culpa que no tenía, porque solo
así valdría a conquistarlo, re
aparendole para siempre..

Ludgers. Ah, ahora, el casu
miento ya está concertado,
y es preciso decir la verdad
al pobre muchacho..

Glenn. Ah, tarde, o tal vez
nunca. Ese hombre, que él
no sabe quien es, en mis te

nosa aventura, ... ese innoble
mentira es la garantía de mi
felicidad. Mientras el suponga
que no fui de él tan solo, re-
móvase solo...

Ludgero. ¡Que mujer tan admi-
rable! ... Su idiota no se le
merece!

Glenn. Me merece... He de
ponerle un tiempo mi idea...

Ludgero (aparte) ¡Hum!

Nelson (volviendo con el paquete
y acompañado de Long) Aquí
tiene sus cigarrillos.

Ludgero. ¡Muchos gracias! (A
pretendiendo la mano de Nelson)
Mi amigo, le recomiendo mis
panhuelos, y yo me voy
a casa, le recomiendo que
lea la "Fisiología del Matrimo-
nio".

Glenn. De Balzac?

Ludgero. De Balzac, ni. Es una
fantasía literaria, nos fundó
que vive el mundo desde
el 1829. Mi señora. (baja)

la mano de Elena)

2975

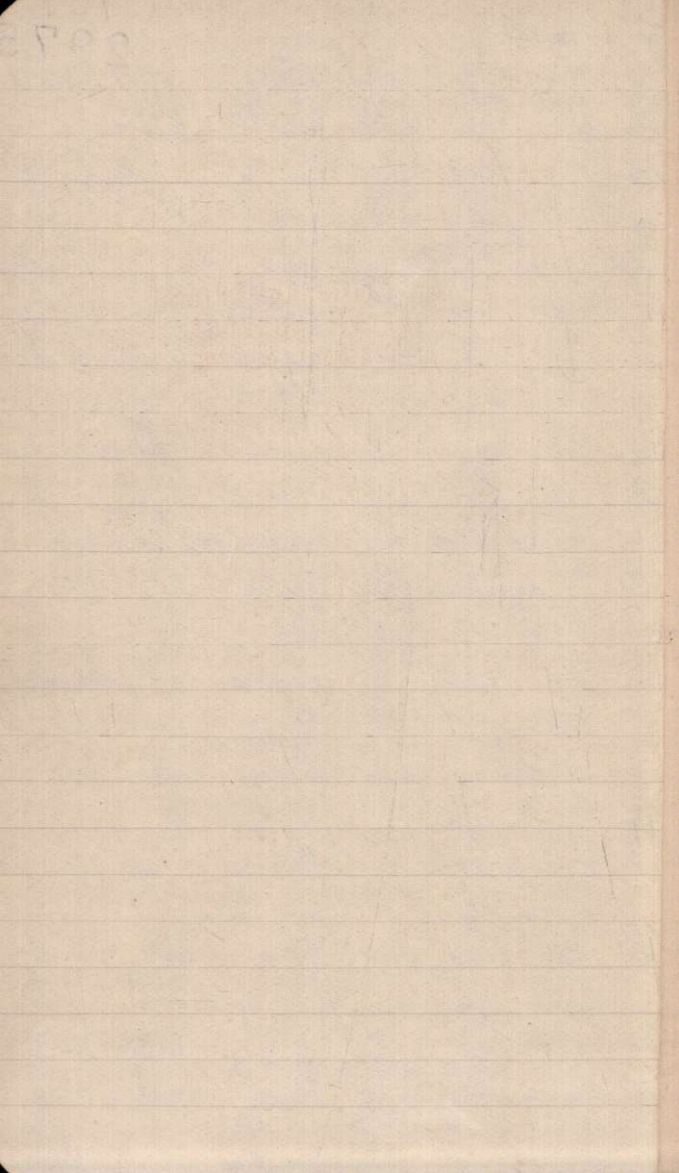
Joe Caparte) Mucho se ca-
sa; adios, tranquilidad!

Actón rápido

AYUT.º ALMERIA
F. VILLAESPESA
Donación: A. MORENO

Uruguayana 20 de
Febrero

1929



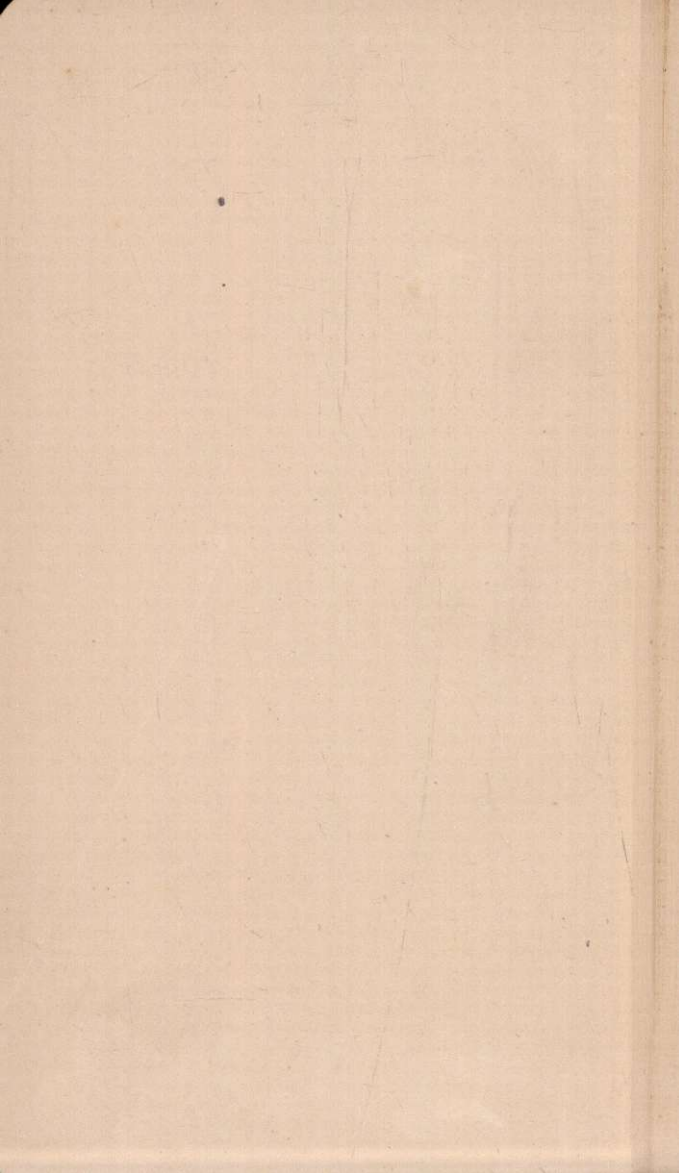
- El Intruso (Boelbo Netto)
- El Oráculo (Arthur Arcevedo)

AYUT.º ALMERIA

F. VILLAESPESA

Donación: A. MORENO

2976



2977



